

Sostakov

Adán Medellín

LA PORTERA TOCA EL TIMBRE PARA DESPERTARME o para comprobar si no he muerto en la noche. Miro por la ventana, rechazo la regadera y me enfundo unos pantalones viejos. Se me presenta la opción de quedarme o salir. En ocasiones como afuera y pretendiendo merodear por aparadores y parques. La gente que conozco se aparece de vez en cuando. Me saludan, preguntan impacientes cómo estoy y luego, con un suspiro, se van. Quisiera seguirlos, pero mis piernas se cansan pronto. Camino lento y apenas abro la puerta, me quedo sentado sin notar el tiempo que pasa. Eres un viejo, Sostakov, me digo, ya no puedes hacer nada. Hace tanto que llegaste aquí, que estás acostumbrado y no puedes marcharte.

La mayoría de las veces prefiero la seguridad de la casa: no me excedo y preparo cosas a la mano: sándwiches, una taza de café. Sólo al dormir encuentro la verdadera emoción: verdaderas vidas al margen de la vida común. Ahora el sueño más frecuente es mi presencia en la autopsia de una mujer. Un velo cubre su rostro. El cuerpo está lleno de costuras que yo mismo corto con unas tijeras delgadas. Desmonto los brazos y los coloco en una mesa lateral. El pubis es limpio, pero no de una niña. Tiene los muslos enrojecidos. Los senos son medias lunas, algo escasas, pero agradables.





Grabado de la Anatomía Corporum Humanorum de Guilielmo Cowper, 1769

Soy bueno en esto: mis manos parecen moverse solas, dirigen su propia sinfonía. Ya deshilo y separo la segunda de las piernas cuando percibo un roce. Me retraigo por reflejo. Uno de los brazos se ha acercado sigiloso y siento los dedos cerrarse, aprietan mi camisa suavemente, como un niño. Ríe sin saber por qué; entonces miro las otras partes separadas que empiezan a reunirse, primero superficiales, tentándose con temor, se acomodan y se alejan hasta encontrar el sitio adecuado, embonan por fin gracias a una mano invisible. Mirando esas nuevas costuras cada vez más firmes, mis tijeras resbalan. Las piernas no me responden cuando aquel cuerpo se vuelve hacia mí, cuando los brazos me tocan y todo es repentinamente oscuro, enrojecido y oscuro, y la yema de un dedo traza círculos fríos que envuelven con furia mi pellejo. Entonces empieza la asfixia.

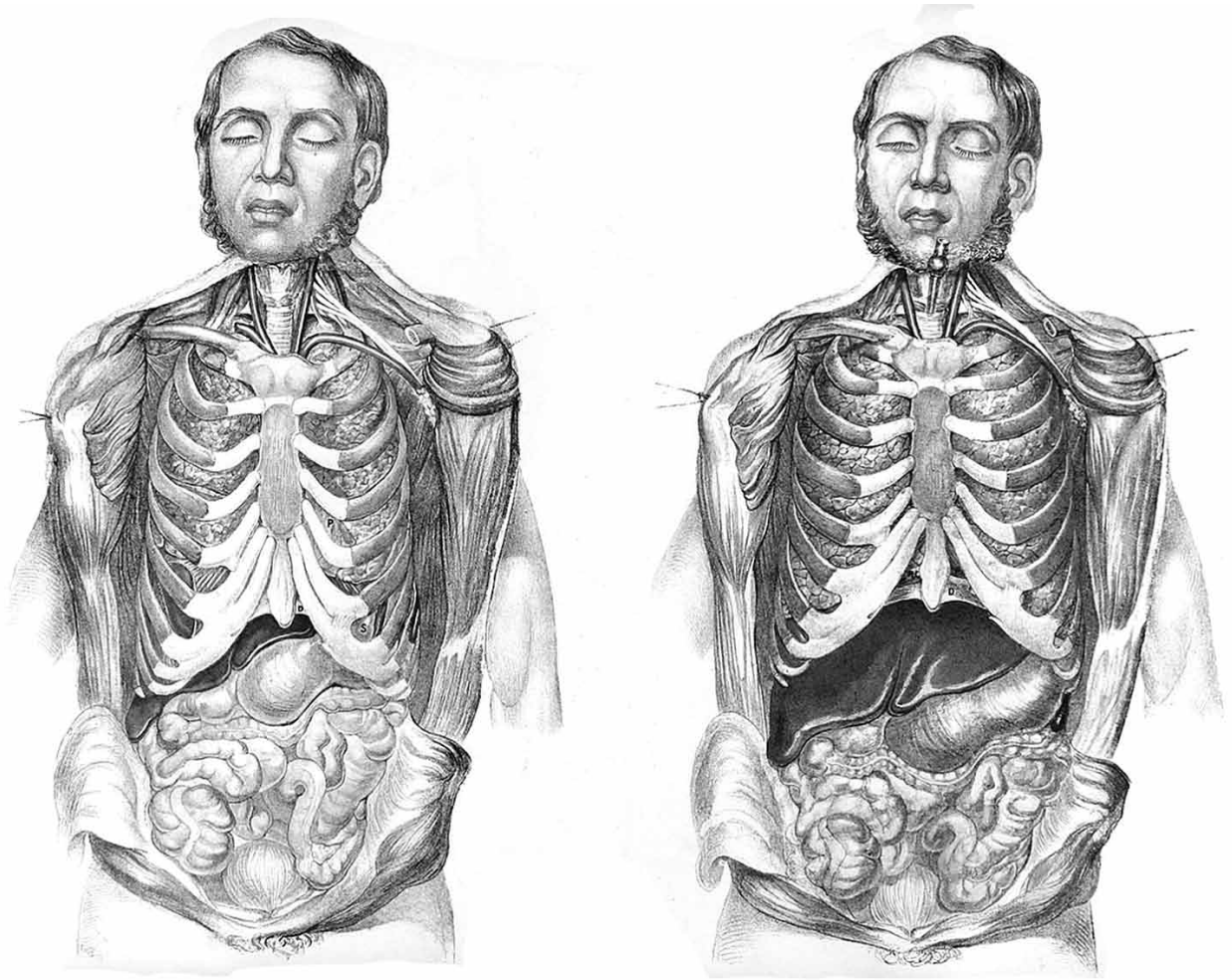
La realidad, además de los sueños, se manifiesta en el frío. Las manos engarrotadas, el dolor de rodillas que me obliga a quedarme quieto, a mirar los escalones con desesperación. No faltan los que me animan al verme titubear. Les agradezco que me tomen del brazo y me acompañen los dos pisos, que me ayuden con mis compras y coloquen los paquetes en la cocina. Pero los desprecio en secreto: los odio por subir y bajar, por gritar de noche, por estar bebiendo con sus amigos mientras yo duermo. Hace tanto, hace tan poco yo hacía lo mismo. Pasaba horas afuera, caminando o en los bares, la soledad no me pesaba. Hoy decido salir sin cubrirme la cabeza (mis gorros apestan a sudor), pero el frío es insoportable. Con las manos heladas trato de calentarme el rostro y lo único que consigo es la repentina sensación de llorar. Trato de olvidarme. Por fortuna, un sol enclenque aparece y puedo regresar a la casa.

En el sofá, tengo un sueño. Tengo veinte años. Estoy dentro de un cuarto, en algo que parece una fiesta. En dos extremos hay sillas distribuidas y gente sentada. La mayoría me sonríe. Un velo cubre una de las orillas sin asientos. El otro lado es una pared aterciopelada, perfectamente cerrada. El aire sopla; el velo empieza a agitarse. Yo tengo frío. No tengo asiento y el piso está gélido. Me levanto cuando noto que mi abuela lentamente se adelanta a cerrar bien aquella cortina. Yo voy, Sostakov, dice. Eso no está bien. Quiero alcanzarla, porque recuerdo que hace mucho no veo a mi abuela, la dejé en el lugar donde nació, hace tanto. Pero al incorporarme mis pies se sienten chiclosos, débiles. Se me voltean las puntas hacia adentro, mis dedos chocan entre sí, tropiezo. Mi abuela llega al velo. Pasa entre los pliegues y lo cierra tras ella. Ahora llego yo a trompicones. Intento asomarme. Busco una entrada, pero la tela parece no terminar, los pliegues son demasiado anchos o yo tengo las manos torpes y demasiado pequeñas. Cuando por fin logro abrirlos, me encuentro con otra cortina. Me lanzo contra ella con intención de romperla. Ante la presión de mi cuerpo, se estira como una membrana. Empujo, puedo mirar a través de ella, pero no puedo cruzarla. Mi abuela aparece sentada en un nuevo cuarto. Saluda a mucha gente. Una de esas personas volteo. Es un tío muy anciano; hace mucho murió. Me siento asustado. La membrana se retrae y me devuelve a la habitación donde estaba. Lanzado de vuelta, caigo sobre el piso frío. Manos frías. Despierto en el sofá. La noche es un carrusel de sombras.

Aun antes de abrir los ojos, desde el sillón oigo a un hombre gritar. Me despierto como impulsado. Un nombre: Ana María. Nadie parece atender el llamado. Yo, por mi parte, observo los platos sobre la mesa y mis suéteres tirados en el piso. Creo recordar la noche

anterior, ese frío y esa prisa en cubrirme: mis huesos temblaban. Entonces creo haber ido al cuarto y abierto el clóset. Saqué las prendas y volví a mi sillón para seguir mirando las fotografías. ¿Por qué soy un rostro neutro, una masa de colores fundidos, borrosos?, pensé. ¿Adónde se han escapado mis hermanos, los míos? Ya todos se han ido al otro lado. ¿Adónde irán los que vienen después de nosotros? Al repasar esas imágenes, esos instantes de contingencia y azar atrapados por la luz, me encontré por un segundo en un lugar verdadero, miré esa figura. Mis manos temblaban al tocarla. Porque ella, Ana María, estaba allí, anoche, en su cuadrado medio deteriorado. Me sonreía sentada en una roca que sobresalía del curso de un río. Tenía el cabello ondulado, los árboles la cubrían del sol. Parecía más morena en la imagen, aunque ya no puedo asegurarlo. He olvidado poco a poco el tono de sus manos, las señas diminutas en su cara. Pero soñar con muertos me la ha traído de vuelta. Mi mujer. He escondido sus cartas y detalles: los pequeños objetos que la atestiguaban. Una liga para el cabello, una peineta. Toda su ropa la regalé hace tiempo. No soportaba vivir en medio de tanta añoranza. Pero conservo el retrato y anoche he superado mis límites. Fui por él y lo miré tanto como me fue posible, más allá de las fronteras del sueño o del frío. Es terrible que un gesto, una sonrisa, terminen volviéndose parálisis, polvo.

De pronto la voz de un hombre gritando me distrae. Parece cada vez más cerca. Dice el mismo nombre. El mismo. Luego se calla. Espero unos momentos, creo que ya no está y entonces me asomo a la ventana. Sentado en la acera de enfrente, un muchacho me observa haciéndose sombra con la mano. Se levanta al mirarme. Lo encuentro familiar, pero es demasiado joven para que yo lo conozca. Tal vez pensó que se asomaría la mujer que buscaba. Pero yo no recuerdo ninguna Ana



María en este edificio. Ninguna, excepto la mía. Levanto los suéteres y los lanzo a la recámara. Empiezo a ordenar los trastos. Pienso que los lavaré en la tarde; por las mañanas, el agua congela los dedos. De pronto, tocan la puerta. Hace tanto que nadie viene, que de momento confundo el ruido, me parece tan suave, creo que no es conmigo. Los golpecitos otra vez. Reacciono y abro. Es una anciana a la que tampoco conozco. Buenos días, señor, me dice. Un joven abajo quiere hablar con usted. Le agradezco y me pongo el abrigo y un gorro. Mis ojos están fríos, tanto como mis manos.

Bajo los escalones. Abro la puerta y siento el golpe del aire. El hombre es un poco más alto que yo, quizás porque está más erguido. Lleva ropas que ya nadie usa y sonrío al levantarse. Vámonos, me dice. ¿Adónde?, contesto, yo no lo conozco. La voz se me hiela. Vámonos, viejo, repite. ¿Por qué?, le pregunto. Vámonos; y me toma del brazo. Pienso en zafarme pero algo en mi cuerpo está en calma, sin agitación. Dígame su nombre, lo inquiero y mis ojos parecen congelados, enganchados en su imagen. Me concentro en él, en esos rasgos. ¿No te das cuenta, viejo?, me dice. ¿No te reconoces? Ana María me dijo que gritara su nombre y tú lo sabrías. Nos están esperando. Vámonos ya. ■■■